

EL HUMOR CORROSIVO

● H. A. MURENA: EPITALÁMICA. Buenos Aires, Sudamericana, 1969, 248 pp.

El hombre —según Murena dejara constancia en *Homo Atomicus*— está separado de Dios, debido a lo cual vive en inevitable alienación y desamparo. El cristianismo rebajó esa ruptura ontológica a una mera escisión alma-cuerpo, y el Mal quedó así localizado en la carne, no quedando otra vía de salvación que el "espíritu". Murena —emulando cuatro siglos después a Rabelais— sigue creyendo en el Mal, pero cree también en su regenerabilidad y por lo tanto en la validez ontológica del cuerpo. A Dios todo le sirve, pues por algo creó lo que creó.

La tarea del filósofo —decía entonces Murena— es socavar los vínculos falsos entre la sociedad y el individuo, para establecer de ese modo la posibilidad del cumplimiento personal y de una comunicación cabal. Si la razón no alcanza, pues entonces debe recurrir a algo así como "El sueño de la razón". Y ése es el título, extraído de un capricho de Goya, que precede el ciclo inaugurado con esta despampanante novela que es *Epitalámica*, parodia pantagruélica de la humanidad y de sus escandalosas frustraciones.

Adopta para ello como tema central el noviazgo y casamiento de dos estrafalarios personajes, Barro y Pedrada, circunstancia que da lugar a una serie inagotable de situaciones de una comicidad exultante —aunque patética en el fondo— a base de aberraciones y disparates prodigados con una fantasía torrential y una invención verbal que apela a los recursos más inesperados, desde el estúpido automatismo de la ecolalia y el terminacho supercruado para la barra, hasta la alusión refinada para los peritos en doble sentidos exquisitos. Consuma así, con asombrosa coherencia, una desopilante alegría de la incomunicación. Podrían evocarse muchos precursores: Quevedo, Bosca, Swift, Munchausen, Sade, Lautréamont, como asimismo Cortázar y García Márquez en punto a exageraciones desorbitadas y absurdos *quid pro quo*. Pero es de Rabelais que hereda la rozagante inverecundia de sus recursos, así como la robusta truculencia del tema, de ese Rabelais que proclamara que "reír es lo propio del hombre", pero que no dejaba de exhortar al mismo tiempo a "romper el hueso y sorber la sustantiva médula". Murena le mata el punto, pues ni siquiera incurre en el didactismo neo-evangelista con que Rabelais creía necesario cohesionar sus exorbitancias. Más que reír con ganas, Murena ríe aquí con rabia, con el frenesí enloquecido de una nostalgia que trae un impulso como para arrasar con todo. Si recurre a las bufonadas más extravagantes, lo hace en efecto, tal como lo expresara Rabelais, a fin de "revelar altos sacramentos y misterios horribles". Su risa ya no es en él una cualidad meramente humana, sino, como la definiera Schopenhauer, privilegio divino. Con lo que el saldo, bien mirado, es pavoroso, pues no podemos dejar de advertir que al final de cuentas es de nosotros, seres separados de la divinidad, de quienes nos estamos riendo ante una farsa que más que nada es una acusación.